# Debate FP: Aznar o Zapatero, ¿qué política exterior?

Florentino Portero

***Si alguna vez hubo consenso sobre la política exterior de España, Aznar lo rompió al cambiar de rumbo. Zapatero, a su vez, ha vuelto a hacer virar el barco, algo no tan sorprendente, pues tales giros ocurren en muchos países como el propio Estados Unidos.*** FP edición española *ha pedido a dos expertos en política internacional que debatan los pros y contras de estas opciones.*

¿Quién ha hecho más daño a la posición de España?

**Florentino Portero**

En los primeros tiempos, como suele ser habitual en nuestros presidentes de Gobierno, José María Aznar mostró mucho más interés por la política interior. Fueron años en los que la diplomacia continuó trabajando como si González siguiera al frente. Poco a poco, el ex presidente popular entró en materia y el cambio se hizo patente en torno a tres ideas: situar a España en una posición internacional de primer orden, avanzando en el camino ya recorrido por Calvo-Sotelo y González; liberalización económica: apertura de mercados, libre competencia, reducción del intervencionismo estatal, fin de monopolios, entre otras medidas, y defensa de la democracia liberal y denuncia de las dictaduras.

Nunca antes de Aznar la España democrática había sido tan relevante e influyente. Fue la conjunción de influencia y programa liberal lo que provocó una fuerte reacción en la izquierda, que había dado por hecho que su política exterior era ya la política exterior española. De pronto, descubrió que era posible otra y con cotas de influencia inéditas. Comprendo que los socialistas no se sintieran cómodos con esa política, pero no podían esperar que el PP continuara la de ellos. El PP representa unos valores diferentes y desde ellos no es posible mantener la deferencia hacia Fidel Castro, el antiamericanismo o el pacifismo

que caracteriza al PSOE de estos días.

Que Zapatero ha dañado la política exterior española parece evidente. La forma en que retiró las tropas de Irak –que no la retirada en sí–, el incumplimiento de sus promesas electorales y las declaraciones en Túnez mostraron al mundo dos cosas: los terroristas habían triunfado, logrando lo que buscaban con el 11-M, y España ya no era un socio fiable. En ese mismo momento el trabajo realizado por los Gobiernos Calvo-Sotelo, González y Aznar para “situar a España en el lugar que merece” se vino abajo. Los distintos ejercicios de “rendición preventiva” (Gibraltar, Marruecos, Niza, fondos europeos, crisis de las viñetas o Alianza de Civilizaciones) han confirmado que España es una nación débil que se pliega a las demandas ajenas a la primera de cambio. Se dijo que España volvía al “corazón de Europa”. No consta que Aznar lo abandonara, pero hoy es evidente que las relaciones con Francia y Alemania pasan por un muy mal momento y que nuestra influencia en Europa es muy limitada.

**José Ignacio Torreblanca**

El daño lo hizo Aznar, dilapidando en Irak un precioso capital internacional que no era sólo suyo, sino de todos los Gobiernos. Como todos los presidentes de la democracia, intentó mejorar la posición de España. Nada nuevo por ahí. Por otra parte, su liberalización económica era continuista: los socialistas privatizaron, liberalizaron y abrieron la economía al mundo tanto como los populares. Por último, “la defensa de la democracia liberal y denuncia de las dictaduras” sólo se aplicó a Cuba, y pronto se retrocedió al ver que los hoteleros españoles, liderados por el ministro de Exteriores, Abel Matutes, ponían el grito en el cielo. La renuncia a pedir la entrega de Pinochet, el silencio ante los excesos de Fujimori y los apretones de mano con Gaddafi, entre otras complacencias con regímenes de dudosas credenciales, prueban que esa política nunca existió. Salvo algo de retórica anticastrista, socavada por Fraga, es imposible situar la política de Aznar bajo el prisma de la promoción de la democracia y los derechos humanos (tampoco la de Zapatero; es la gran asignatura pendiente de nuestra democracia).

Lo cierto es que la España democrática había
vuelto a la escena internacional tras décadas de aislamiento
y de marginalización y se había ganado
el respeto de la UE, de EE UU, de América Latina

y del mundo árabe. El primer Aznar (1996-2000) fue continuista y acertó. El segundo (2000-2004) apostó todo a una sola carta y perdió. Ello obligó a Zapatero a reparar las relaciones con los principales socios europeos y a mejorar la imagen del país en el mundo iberoamericano y árabe. Lejos de perder fiabilidad, su política ha devuelto a España a una posición centrada en Europa, las relaciones con Rabat han mejorado y la Alianza de Civilizaciones ha devuelto al país la imagen de Estado dialogante que respeta los valores en los que se asienta el derecho internacional. España no es débil: hoy lo son EE UU y Reino Unido, sin poder ni legitimidad.

Aznar apostó por EE UU contra Europa; Zapatero, por Europa contra EE UU

**José Ignacio Torreblanca**

Zapatero no ha apostado contra Estados Unidos, simplemente se ha visto obligado a mantener estas relaciones en un perfil bajo y esperar una Administración más favorable a los intereses europeos de España. Hay que recordar que la política exterior está europeizada. Un Gobierno de Madrid no puede elegir entre Washington y Bruselas. Aunque no se entienda en algunos círculos españoles, en la Casa Blanca lo comprenden a la perfección. EE UU tiene un interés primordial en que Europa funcione unida, como el propio Bush reconoció en su visita europea. Curiosamente,

Aznar compró la división de Rumsfeld entre “vieja” y “nueva” Europa y estructuró su política sobre esa división.

Aznar quiso ofrecer a Washington un aliado en el sur de Europa tan potente y fiable como Reino Unido. Además, la relación transatlántica que diseñó tenía una dimensión latinoamericana y mediterránea muy importante. El plan tenía mucho sentido, pero sólo si se hacía desde una posición europea y europeísta. Se equivocó al despreciar a Francia y Alemania como sociedades en declive. Olvidó que los intereses económicos y de seguridad de España pasan mucho más por París y Berlín que por Washington. Además, fue desleal con sus socios, como demostró la Carta de los Diez en The Wall Street Journal. Por tanto, en lugar de liderar Europa, encabezó la división del continente, apoyando a una Administración Bush muy ideologizada. Todo ello pasó factura después, durante las negociaciones de la Constitución Europea y de las Perspectivas Financieras 2007-2013, dejando a Madrid en una posición debilitada, cuyo único activo era la amenaza de veto. Aznar no apostó por EE UU, sino por un Gobierno atípico (que ha infligido un daño enorme a sus intereses en el mundo). Y, además, lo hizo en contra de la opinión pública española y de amplios sectores del PP. El proamericanismo de Aznar se basó en que “EE UU nunca se equivoca”, tan infantil como el antiamericanismo de quienes creen que es imposible que acierte. Los amigos, como dijo Joschka Fischer, están para advertir de que uno se equivoca; lo contrario demuestra inseguridad y falta de madurez. Y Zapatero no apostó por Europa en contra de EE UU; reaccionó contra una Administración que pensó que el mundo podía reconstruirse por la fuerza, obviando el derecho internacional. ¿Qué habría pasado si Al Gore hubiera sido presidente y no Bush? ¿Hubiera dicho alguien que Zapatero era antiamericano?

**Florentino Portero**

De acuerdo, la *democratización* de la diplomacia de Aznar fue limitada y tardía. Abordó tarde la política exterior. Quebrar el principio de no injerencia era muy delicado, más en Latinoamérica. Él tuvo la intuición de que había llegado el momento y acertó. Recordemos que entonces la comunidad internacional lo rompió por primera vez en favor de la *injerencia humanitaria*. Era ya imposible cruzarse de brazos ante la violación de los derechos humanos, y desde el giro en Cuba, la diplomacia española se reorientó de forma gradual en ese sentido. El ejemplo de Pinochet no es apropiado (era un problema jurídico relativo a un ex presidente), pero el de Gaddafi sí es ilustrativo. El libio pidió a Aznar

que hiciera de intermediario en su desarme y su nueva posición. Y los apretones de mano valieron la pena.

Aznar no apostó a una sola carta, y la prueba es que España nunca había sido tan influyente en Europa. Nunca había hecho tantas aportaciones significativas en la integración continental. Sólo desde esa posición pudo aislarse a Chirac y a Schröder cuando rompieron el principio de que europeísmo y atlantismo son compatibles, en el aniversario del Tratado del Elíseo. Ellos provocaron la división. Aznar coincide con Merkel o Sarkozy, lo que nos da una idea de hasta qué punto su papel es representativo de la Europa liberal-conservadora. Por cierto, quien sí tiene serios problemas con esos dos Estados es Zapatero, a pesar de haber centrado España en Europa.

Por otro lado, es inconsistente la idea de que Bush es una cosa y Estados Unidos otra. La ofensa a la bandera o las declaraciones de Túnez son un insulto a toda la nación. Los demócratas no tienen mejor concepto del presidente del Gobierno que los republicanos, como se constata en Washington.

Aznar se alió con Argel; Zapatero, con Rabat

**Florentino Portero**

Las relaciones entre Madrid y Rabat empeoraron con Aznar. Partieron de una situación frustrante para Marruecos. Después de hacer suya la causa saharaui, echando en cara a los conservadores claudicar ante el vecino del Sur, el PSOE se aproximó a Rabat, dejó de lado a los saharauis y acordó con Hassan II la formación de una célula de reflexión conjunta sobre el futuro de Ceuta y Melilla. El PP fue fiel a la posición tradicional española, la del Consejo de Seguridad de la ONU. Rabat entendió que había perdido terreno y –para que calara que si Madrid no cedía en el Sáhara, pagaría un alto precio– comenzó su presión: la crisis de las negociaciones pesqueras con Europa, la insuficiente persecución de las mafias de la emigración, el incumplimiento de los acuerdos de repatriación y el incidente de Perejil, en el que los españoles comprobaron la solidaridad europea en materia de seguridad. Fue EE UU quien ayudó a Aznar se alió con Argel; Zapatero, con Rabat Portero España. Y ante todos esos actos, Aznar actuó con firmeza. Las relaciones con Argelia mejoraron mientras se estabilizaba la situación

política de ese país y aumentaban los intereses comunes energéticos. Argel premiaba a Madrid por su enérgica defensa de una solución equilibrada, del Plan Baker, y eso daba la impresión de una apuesta por ese Estado mayor de la real. Zapatero no está haciendo una nueva política: sólo continúa la de González. El giro promarroquí en el Sáhara es evidente (defensa del Plan de Autonomía frente al Plan Baker y reconocimiento de unas aguas de soberanía marroquí que no son tales). Esta segunda cesión ante Rabat, siguiendo a Arias Navarro y Solís Ruiz, ha tenido limitadas gratificaciones. Rabat no cumple sus obligaciones de repatriación.
Las críticas de Argel prueban que Zapatero no ha centrado las relaciones con el Magreb; las ha escorado, incumpliendo las obligaciones de España y la doctrina de la ONU.

**José Ignacio Torreblanca**

La relación con Marruecos es la más delicada. No hace falta entrar en detalles, los asuntos son conocidos: Ceuta y Melilla, islamismo, terrorismo, derechos humanos, corrupción, tráfico de drogas y personas y el Sáhara. Los Gobiernos tienen la responsabilidad y la obligación de dejar esas relaciones mejor de lo que las encontraron al emprender su mandato. Zapatero las encontró en un mínimo histórico y hubo de restaurar una confianza labrada durante años, hecha pedazos por incidentes como el de Perejil, magnificados para contribuir a una *estrategia de la tensión*. ¿Qué ganó Aznar con su *firmeza*?
Los saharauis no acrecentaron las posibilidades del referéndum y España salió perjudicada en muchos aspectos, lo que desembocóen un incidente por un pedrusco –sin valor estratégico– que pudo tener consecuencias graves. Por tanto, el saldo fue negativo. Zapatero ha pecado de lo contrario, de no hacer entender a Marruecos que España, como ex potencia colonial, no puede tener otra posición que la tradicional (apoyar el Plan Baker, aunque retrase el referéndum), pero que eso no puede prejuzgar las relaciones bilaterales.

La imprudencia de Moratinos al inicio de su mandato, alardeando poder solucionar la cuestión, más la percepción de que Madrid ya no apoya el Plan Baker sino una autonomía, ha perjudicado las relaciones con Argelia y la imagen de España entre los saharauis, además de ser incomprensible para la opinión pública nacional.
Donde fracasó Aznar lohará también el titular de Exteriores. El conflicto estará bloqueado mientras saharauis y marroquíes elijan el *statu quo* frente a la autonomía o la independencia, respectivamente. Pero lograr que ambos prefieran

una amplia autonomía bajo supervisión internacional a la situación actual es una tarea que excede la capacidad de España. PP y PSOE podrían empezar a discutir cómo aislar las relaciones con Argel y Rabat de la cuestión saharaui sin renunciar a los principios que deben regir su solución.

¿Fue mejor entrar o salir de Irak?

**José Ignacio Torreblanca**

Zapatero hizo bien en retirar las tropas. Creo que hay pocas dudas a estas alturas, cuando no sólo la mayoría de las fuerzas de la llamada "coalición" se han retirado o lo están haciendo, sino que en EE UU todos –salvo el presidente Bush y algunos irreductibles *neocons* y republicanos duros– discuten cómo y cuándo replegarse y su coste relativo, pero no el hecho en sí. Es cierto que la salida se gestionó mal, se hizo de forma precipitada y, gracias al inefable Bono, se presentó en una clave populista-electoral para consumo interno que implicó costes innecesarios en la relación no sólo con EE UU sino (más importante) con los socios europeos presentes en Irak.

Con todo, convalidar la decisión de Zapatero con los datos de hoy no tiene mérito. ¿Hizo bien Zapatero, con los datos de entonces? De nuevo, la respuesta es positiva: el rápido deterioro de la situación iraquí una vez acabadas las hostilidades hizo inviable la presencia de las tropas españolas y el cumplimiento de la misión. Como en Afganistán, Aznar envió un contingente militar para reconstruir un Irak teóricamente pacificado. Pero ni España ni sus soldados estaban preparados para la luchar contra la insurgencia baazista, el terrorismo de Al Qaeda o las milicias de Muqtada al Sader. Madrid no tiene un Ejército de combate, y menos aún, uno preparado para la lucha contrainsurgente o el terrorismo urbano a miles de kilómetros de distancia. Entre acuartelarse y retirarse sólo cabía una opción.

La situación en Afganistán es similar, aunque no idéntica. España fue allí con unos objetivos claros: ayudar a la reconstrucción del país, no luchar contra los talibanes. Por eso, en el momento en que las condiciones de seguridad impidan el trabajo para el que están allí las tropas españolas, no habrá más remedio que retirarlas. Unos lo lamentaremos como un fracaso (sobre todo, por el pueblo afgano, pero también porque nuestra inseguridad se incrementará si los *estudiantes coránicos*

vuelven al poder). Otros, por desgracia, lo celebrarán como un éxito. Quizá también haya quienes, de nuevo, hagan electoralismo con ello. En estos últimos años, de la política exterior, como del cerdo, se aprovecha todo para consumo interno.

**Florentino Portero**

El PSOE se comprometió en la campaña a retirarse de Irak si no se daban unas condiciones en un plazo. Se cumplieron a tiempo, pero Zapatero ya había ordenado el repliegue, olvidando sus promesas electorales. La forma en que se retiró es impropia de una nación responsable. Se comprende que, para determinadas posiciones ideológicas, sea inaceptable seguir en Irak, pero había que avisar con tiempo, para que los aliados pudieran reorganizarse. Zapatero retiró el grueso del Estado Mayor de una unidad multinacional, dejando a los contingentes restantes en una situación delicada. Fue una irresponsabilidad que dañó de forma grave la imagen de España y causó desazón entre su oficialidad. El Ejército español está preparado para la contrainsurgencia. Ello requiere un despliegue apropiado, con dotaciones

apropiadas. Cuando Aznar envió las tropas, ése no era el escenario. Cuando Zapatero las retiró, ésa no fue la razón. El problema era de voluntad: no estaban dispuestos a asumir la responsabilidad de combatir a los grupos que ponían en riesgo el proceso democratizador.

En Afganistán, el apoyo a la paz, hoy, implica luchar. El Gobierno ofrece datos incorrectos. Aumentó las tropas para dejar claro que, a pesar de salir de Irak, España era un socio fiable en la *guerra contra el terrorismo*. Ahora resulta que sólo lo es si no hay riesgo. Otra *espantada* dejará su crédito por los suelos y dañará más la credibilidad de la OTAN. Los islamistas tienen razón: somos un *tigre de papel*. Con gente como Nancy Pelosi o Zapatero, la victoria está asegurada. En Irak y en Afganistán la victoria apunta a los islamistas. Sorprende que Europa no valore sus efectos en breve.

Zapatero es realista y Aznar 'neocon'

**Florentino Portero**

Si por ello se entiende que Zapatero participa de la escuela realista, sin duda, no. El presidente no actúa a partir de una fría evaluación de los intereses del Estado. Si significa que es un pragmático, tampoco. Al presidente del Gobierno la política exterior sólo le interesa como instrumento de estrategia interior. En realidad, su conocimiento de estos asuntos es muy limitado. No tiene ideas sobre la construcción europea o las relaciones con los Estados latinoamericanos. Los fundamentos de la Alianza de las Civilizaciones reflejan gran ignorancia del islam. Comparte un sentimiento pacifista y antiamericano con ese mundo *progre* con el que tan bien se comunica. No parece consciente de los retos en el horizonte, les resta importancia y alimenta la esperanza de sus votantes. A menudo, los analistas dan una idea demasiado racional de sus actos.

Aznar se presenta como un clásico liberal, en la línea de Margaret Thatcher. Y lo es. La palabra neoconservador es un insulto y, como tantos otros, poco preciso. La gran mayoría no se dan por aludidos. Las preocupaciones de los supuestos fundadores no coinciden por completo con las del ex presidente. En la segunda generación (Bill Kristol, Robert Kagan y Gary Schmitt, entre otros) hay una coincidencia en temas de política exterior, pero sólo eso. Aznar tiene mucho

más que ver con Tony Blair que con los *neocons*. Él llega a una determinada política exterior a partir de posiciones y perspectivas europeas. Las luchas internas en el Partido Republicano le quedan muy lejos.

**José Ignacio Torreblanca**

Comparto el diagnóstico. Zapatero no es un realista ni un pragmático. Se ha aproximado a la política exterior desde la interior: ha intentado valorar al mundo desde los principios y experiencias que había acumulado en el ámbito nacional. Se ha afirmado (y se ha criticado) que su retórica tiende a situarse en el plano moral, por encima de la política, y favorece una visión de la vida política (diálogo, talante, tolerancia…) en la que lo negativo está ausente. No le interesa el conflicto, así que lo evita siempre que puede. Nunca ha querido ser un Churchill. No quiere forjarse en las decisiones a vida o muerte típicas de las relaciones internacionales. Por eso se ha sentido tan cómodo con Kofi Annan, la Alianza de Civilizaciones y la cooperación al desarrollo, y tan incómodo con Afganistán, la OTAN y todo lo relacionado con la seguridad. El problema es que, al reservarse los aspectos morales, la retórica y la imaginería de la política exterior, ha dejado la política exterior de verdad, la del día a día, en manos de un equipo de diplomáticos muy clásicos, tan excesivamente pragmáticos que casi pueden tildarse de conservadores. Aznar es su reverso. Mientras Zapatero obtiene su seguridad de su esfuerzo por exportar sus principios a la esfera internacional, el ex presidente ha importado gran parte de sus valores y principios del contexto mundial posterior al 11-S (hasta el punto de que, a veces, parece como si España hubiera participado en la Segunda Guerra Mundial con los aliados). Aznar no es un *neocon* de *pedigrí* (pues se requiere haber sido un radical en la juventud), sino un conservador moderno: neoliberal en lo económico, conservador en lo social, tradicional en lo moral y realista en lo internacional (aunque a veces se disfrace de idealismo).

América Latina, la olvidada

**José Ignacio Torreblanca**

Ni Aznar ni Zapatero han diseñado una estrategia coherente hacia la región. Las empresas españolas se establecieron allí porque había negocio, y a los Gobiernos les pareció bien, e incluso lo promovieron. Pero todos han sido miopes. España podía haber jugado un papel mucho más amplio si se hubieran concertado. Los partidos políticos españoles, tan raquíticos como cortos de miras, no han invertido tiempo ni dinero en ayudar a la sociedad civil, organizaciones y partidos de esa región. Aznar fue incapaz de orientar el rumbo de Perú, Ecuador o Argentina, pero España hubo de absorber la riada migratoria que provocó el fracaso político de esos países. Con Zapatero, La Paz y Quito han vuelto a la inestabilidad populista, con similares efectos. Como consecuencia, España ha carecido de influencia cuando las elecciones han creado problemas en algún país. Es loable querer moderar al presidente venezolano, Hugo Chávez, y al boliviano, Evo Morales, pero los mimbres con los que tejer esa influencia son escasos.

Cuba es aún la *joya de la corona* (simbólica) de la política exterior española hacia América Latina, y tanto Aznar como Zapatero se han equivocado. El primero, porque antepuso la dureza a los resultados; el segundo, porque ha renunciado a hacer política. Cuba es para España como Israel para EE UU: la presión que se ejerza desde Washington o desde Madrid no moverá ni una coma de un discurso en Tel Aviv o en La Habana, a menos que se haga de forma completamente discreta, pero lo que dicen en público es muy importante para el mundo y para los cubanos. Con Cuba se ha hecho esencialmente política interior española.

**Florentino Portero**

Diferentes Gobiernos españoles sí han ayudado al avance de la democracia y al desarrollo económico en algunos países de Latinoamérica. Sin embargo, el Ejecutivo actual no parece tan dispuesto a defender la democracia en Venezuela, Bolivia o Ecuador. En su discurso se perciben simpatías por los populistas, que coinciden con actos y gestos de su política interior. Mientras González visita a Rice para manifestar su alarma por la deriva antidemocrática en esos países, ZP expresa su sintonía. Ve en esos movimientos expresiones de una nueva izquierda y coincide con ellos en la crítica a la globalización liberal y a Washington.

En cuanto a Cuba, mientras viva Fidel, no habrá cambios. El problema no radica, por lo tanto, en definir políticas eficaces a corto plazo. ¿Qué sentido tiene

levantar las sanciones ahora? ¿Cómo es posible criticar a EE UU por haber abandonado a los demócratas españoles y ahora ignorar a la oposición cubana? Si la situación política es un problema que concierne a los cubanos, ¿por qué no escuchamos lo que dicen? Ellos saben mejor que nadie cómo gestionar su transición.

¿España cuenta más o menos?

**Florentino Portero**

En Washington, España no cuenta nada, y en Bruselas y en Latinoamérica, mucho menos que con González o Aznar. Con Sarkozy en la presidencia francesa, es aún peor. El Ejecutivo rehúye los asuntos de trascendencia y se escuda en planteamientos como la Alianza de Civilizaciones. Es inútil. España no caerá mejor ni habrá *buen rollito*. Cuando Europa empieza a reaccionar ante los fallos de las distintas estrategias de asimilación de la población inmigrante y los efectos negativos de algunas medidas legales, como el reagrupamiento familiar, el Ejecutivo se lanza a esta estrategia sin sentido y alejada de las posiciones de sus socios.

**José Ignacio Torreblanca**

Desde hace algún tiempo, España no cuenta en Washington: ¿por qué será? Bromas aparte, tampoco Blair ha contado mucho en la Casa Blanca. Si ir a Irak era el precio por tener, por fin, una política estadounidense para Oriente Medio que de verdad apostara por una solución negociada al conflicto palestino-israelí, tal vez me he perdido algo. Habría que preguntar a Berlusconi… Bueno, tampoco parece que empantanarse en Irak le haya dado algo de influencia sobre Bush, ni a los daneses ni a los holandeses ni a los japoneses… En Europa, sí cuenta más. Aznar hizo una magnífica tarea dividiéndola, una enorme prueba de liderazgo (negativo, claro). Chirac y Schröder fueron oportunistas, cierto; pero no mucho más que Cheney y compañía. Cuando Zapatero llegó al poder, los seis contribuyentes netos se habían conjurado contra Madrid y, en la propuesta de perspectivas financieras de la Comisión para 2007-2014, ni siquiera había plazo de transición para el Fondo de Cohesión. Se salvaron los muebles, y la negociación acabó dando la vuelta (“Todos contra el *cheque británico*”), con muy buen resultado

para España.

¿‘Guerra contra el terrorismo’ o Alianza de Civilizaciones?

**José Ignacio Torreblanca**

La Alianza de Civilizaciones renuncia a hacer un análisis político de la violencia terrorista, que es sobre todo política. Además, como demostró la crisis de las viñetas danesas, puede amparar limitaciones de los derechos básicos, e ignora que el verdadero problema se da dentro de las sociedades. Aunque su gestación fue sumamente improvisada, ha habido varias iniciativas de este tipo, lo que prueba su necesidad. El diálogo intercultural que propone es necesario, pero de ahí a pensar que sea un instrumento alternativo para luchar contra el terrorismo hay un océano.

Otra cosa es que la famosa *guerra contra el terrorismo* esté mejor engrasada desde el punto de vista conceptual. Se pongan como se pongan los *thinktanks* de la causa, ningún historiador de prestigio ha *comprado* todavía que la lucha contra el terrorismo *yihadista* sea el rasgo definitorio del nuevo orden, como la lucha contra el fascismo o la guerra fría lo fueron en el siglo xx. El *yihadismo* no va a derrotar a las democracias liberales en casa, aunque sí podría reclamar una autonomía dentro del mundo árabe-musulmán y hacer retroceder la modernización allí donde consiga imponerse. Como prueban diariamente los atentados en Irak (y los recientes de Marruecos, Argelia o Arabia Saudí), más que un *choque de civilizaciones*, hay una guerra civil entre musulmanes, lo que en el fondo es una noticia más buena que mala para la Alianza.

**Florentino Portero**

El islamismo ha declarado la guerra a Occidente. Llevan años repitiéndolo, aunque a muchos les parezca ridículo. Como no entienden su lógica, restan importancia a sus declaraciones. Hay una guerra, que continuará durante muchos años. No es un conflicto *clausewitziano* entre Ejércitos, sino algo más complejo. Por un lado, están los *yihadistas* y por otro, los islamistas no violentos, que se ganan la voluntad de la gente para acceder al poder político e imponer

luego la *sharia* (ley islámica) y políticas antioccidentales. Los últimos, los más peligrosos, promueven la actitud antiintegradora de muchos musulmanes con ciudadanía europea, partiendo de que el Corán es incompatible con los valores constitucionales del continente y de que integrarse es corromperse. Alientan las acciones de fuerza contra quienes no ven la incompatibilidad, desde la confianza de que la evolución demográfica les dará, en unos decenios, la posibilidad de exigir su propio sistema jurídico. No dejan de repetir: “Os conquistaremos con vuestras propias leyes, pero os gobernaremos con las nuestras”.

La Alianza de Civilizaciones es un patético e inútil intento de apaciguamiento que pone de relieve la debilidad y la falta de convicciones y el relativismo moral de quien lo propone. Para los islamistas es una prueba más de que cedemos a su chantaje a la mínima presión.Y se convierte en esperpéntica en la relación entre individuo y religión. Lo que se niega para Europa se afirma para el islam. ¿Debe entenderse que allí deben vivir sometidos a las autoridades religiosas mientras que en España lo correcto es ofender a los creyentes? Cuando los valores se relativizan pierden su credibilidad. Si no se cree en los fundamentos de nuestro sistema político, éste tiene los días contados.

## ¿Algo más?

El pensamiento internacional de José María Aznar está bien reflejado en la recopilación de artículos de Rafael Bardají y otros en ***¿Qué piensan los ‘neocon’ españoles?*** (Ciudadela, Madrid, 2007). Sobre la política exterior de Rodríguez Zapatero, veáse la entrevista con el presidente del Gobierno en FP edición española (febrero/marzo, 2006) y el libro testimonial del periodista Javier Valenzuela ***Viajando con ZP*** (Debate, Barcelona, 2007), escrito en forma de reportaje.

**Fecha de creación**
8 junio, 2007